

Calpulalpan en 1811.
A sangre y fuego: El asalto revolucionario
a un pueblo

Carlos HERRERO

RESUMEN

Por medio de este ensayo, presentado como «un estudio de caso», el autor trata de efectuar una revisión de los procesos históricos que tuvieron lugar en México a partir de 1810. Para ello se sirve de los sucesos acaecidos en el pueblo de Calpulalpan (Tlaxcala) en septiembre de 1811.

Palabras clave: Independencia de México, historia local, Calpulalpan (Tlaxcala).

ABSTRACT

In this essay, a Case Study, the author examines some historical process in Mexico since 1810. In particular, some events that took place in september 1811 in the village of Calpulalpan are considered.

Key words: Mexican Independence, local history, Calpulalpan (Tlaxcala).

INTRODUCCIÓN

Hace apenas diez años que la mal llamada «Independencia de México» ha sido reinterpretada; como muchos otros procesos de nuestra historia, este también se ha visto sujeto al revisionismo histórico que de tiempo en tiempo

se da en nuestra profesión. Producto de nuevas ideas y aires frescos, la nueva historiografía de la Independencia ha producido un número importante de trabajos de carácter socioeconómico que han mostrado nuevos rostros de un viejo fenómeno. Inscrito en la órbita de este revisionismo, nuestro trabajo sobre Calpulalpan muestra muchas cosas diferentes con respecto a lo que tradicionalmente se hacía al estudiar la década de 1810-1820 en México.

La investigación que ahora ofrecemos es una parte de un trabajo mayor que interpreta la Independencia desde la perspectiva de la historia social. El conjunto de estudios del que forma parte se denomina: «Revolución, Rebelión y Revolución en 1810». El presente texto, como los demás, son estudios de «CASO» que se hicieron con el objeto de conocer en forma particular los sucesos de 1810 en la Nueva España.

Los estudios de «caso» nos han permitido reconfirmar la idea de que lo ocurrido en 1810 es realmente un proceso revolucionario que va más allá de un simple movimiento político de separatismo, también han servido para conocer mejor la intrincada y compleja lucha social en la que participan en forma intensa grandes conglomerados campesinos e indios que se mueven por reales intereses de clase.

El «caso» que aquí expongo, siguiendo pasos de la historia social, reconstruye, con mucha dificultad, lo que ocurre en Calpulalpan en el momento en que se presenta un extraordinario suceso de carácter violento, que rompe con la hasta entonces apacible vida de la comunidad. De repente una mañana la población se despierta sobresaltada cuando una partida de insurgentes penetra en el pueblo y en forma radical ataca a los representantes del poder político y a los propietarios, además de convocar a la gente a participar en una peculiar revuelta.

Lo que pretendo es mostrar algunas de las características de la mecánica de las partidas revolucionarias que se movían en los primeros meses de la Revolución. La narración muestra cómo actuaron, qué dijeron y qué objetivos persiguieron a corto y medio plazo. Paralelamente ilustro, con la cotidianeidad del pueblo y la ruptura del orden, el proceder popular. Resulta interesante ver cómo respondieron las comunidades indias y cómo empáticamente encajaron en el proceder de los rebeldes del «Capitán» Senteno.

El asalto a Calpulalpan es ilustrativo, porque este tipo de fenómenos se repitieron innumerablemente a lo largo y a lo ancho de la Nueva España entre 1810 y 1820, siendo en buena medida lo que constituyó la médula de la «Revolución de Independencia».

En otras palabras, Calpulalpan es un microcosmos que muestra lo heterogéneo y complejo que fue la actuación de los diferentes grupos sociales y sujetos individuales, como los caudillos de nivel medio. El ejemplo sirve para mostrar una parte de la revolución social, popular y profunda que nos de-

bería llevar a romper con la vieja explicación unilineal de la historiografía política que prevaleció por alrededor de 150 años. Con estas líneas espero contribuir a una mejor comprensión de lo ocurrido en la Nueva España en el momento en que se iniciaba el ocaso del Imperio.

En la actualidad comienza a replantearse el estudio de la Independencia. Varios son los nuevos puntos de vista, algunos contra la tesis revolucionaria, otros a favor, los argumentos son muchos y algunos muy valiosos. Por lo mismo no está por demás ensayar un análisis de uno de los actos centrales de la lucha rebelde, el asalto armado a los pueblos.

Son innumerables los actos de rebeldía que conforman el cuerpo de las revoluciones armadas, pero ninguno de ellos tan significativo como el asalto a las poblaciones, las haciendas o la propiedad estatal. La insurgencia mexicana fue en varios momentos extraordinariamente virulenta, la toma de las propiedades o posesiones fue sin duda uno de los objetivos centrales de los revolucionarios de aquellos años. Cómo ocurrían es algo que nos parece significativo contestar.

A partir de septiembre de 1810 la sociedad novohispana vivió alarmada cotidianamente; en todas las provincias y regiones cundieron los ataques revolucionarios; de una manera o de otra la mayor parte del virreinato experimentó una situación de crisis social y política¹. Gritos, alboroto, quejas, tumultos, furia, temor, ansiedad y expectación general, son el preludio de un inminente ataque revolucionario.

El lunes 29 de abril de 1811, a las siete de la mañana una partida de insurgentes penetra en el pueblo de Calpulalpan y, situándose en la plaza principal, poco a poco pero con mucha radicalidad y violencia efectúa el asalto final a la localidad.

Como se había generalizado, el objetivo primordial de los revolucionarios era la toma de las propiedades de los más importantes y adinerados miembros de la comunidad, los que en su mayoría resultaban ser comerciantes y hacendados de la oligarquía o burguesía novohispana. Naturalmente, los rebeldes ya conocían las condiciones de los pueblos y a los sujetos principales. En otras palabras, la historia ya había definido a los enemigos de clase².

¹ En el «Ramo Criminal» del AGN de la ciudad de México existen innumerables expedientes que muestran como la revolución se fue generalizando y extendiendo. Como ejemplo véanse: AGN, Criminal, vols. 39, 47, 78, 134, 143, 144, 156, y 158.

² Desde el primer momento de la revolución con Hidalgo se vió claramente que los insurrectos tomaban haciendas y casas comerciales, así como propiedades en general, de lo que nosotros llamamos aquí burguesía y oligarquía novohispana. Para confirmarlo podemos citar: Luis Castillo Ledón (1948-49: vol. 2), Brian R. Hamnett (1990: 31-149). AGN, Criminal, vol. 144, fs. 12.

HISTORIA, SOCIEDAD Y GEOGRAFÍA

Calpulalpan se encuentra situada en una zona de pequeñas barrancas, cerros y lomeríos. Hasta antes del grito de Dolores en 1810, era un pueblo tranquilo; después, la agitación general lo sacaría de su situación de aldea campesino-indígena, explotada y sometida a los caprichos de un pequeño grupo de familias ricas, la mayoría compuesta de gachupines recién emigrados³.

Sin participar de la bonanza económica que se vivía en otras regiones, Calpulalpan se esforzaba por hacer crecer sus recursos; sin embargo los precios altos, la falta de empleo, el repartimiento y el acaparamiento voraz de comerciantes y hacendados impedían o hacían nulo cualquier progreso de los barrios indios⁴.

Desde fines de 1810 los rumores crecen y circulan cada vez más rápido por toda Nueva España; en ellos se dice que un *cura loco* está seduciendo a la *canalla* para destruir el orden y la paz de la nación. Conforme se desgranaban las semanas, la ansiedad y el temor crecen por todos lados; ya en noviembre la angustia de los propietarios los ha llevado al pánico y los ha obligado a cambiar de actitud hacia la masa india, *dizque* concediéndole exenciones de tributos muy pesados y seculares. Sin embargo, día a día el *chisme* crece sobre el levantamiento de los pueblos y la rebeldía temeraria de los insurgentes.

Con la primavera llega también la revuelta. México, Tlaxcala, Puebla y Querétaro, entre otras ciudades, viven el terremoto iniciado meses atrás por el *cura seductor de pueblos*.

Para Calpulalpan esa primavera ya no sería la misma monótona y apacible de otros años, las cosas han cambiado y aún cambiarán más.

Meses atrás varios hombres habían tenido serias fricciones con los patrones y mayordomos de la zona. Y Jacinto, el criado de Ignacio Lechuga, antiguo Teniente de Justicia del pueblo, se había marchado al encuentro de los rebeldes; lo mismo había pasado con José Cruz y con Casimiro, el arriero de Mariano Germán, nadie sabía bien a bien de ellos pero se decía que andaban con las fuerzas de *Senteno*⁵.

Igualmente, por conflictos de diversa índole había varios presos en la cárcel del pueblo, entre otros, dos o tres hombres a quienes la desesperación había convertido en ladrones de mercancías básicas para el consumo de la familia. A fines de abril en la región habían caído algunas lluvias, el tiempo era

³ Calpulalpan se encontraba dentro de la Intendencia de México, bajo la jurisdicción política y judicial de Texcoco. Hoy se encuentra en el rincón oeste del Estado de Tlaxcala.

⁴ Para confirmar lo señalado véase: William Taylor (1987: 13-48 y 172-250), Hamnett (1990: 31-149) y Friederich Katz (1990: 164-222).

⁵ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 48.

fresco y los surcos estaban siendo labrados; los diversos barrios indios se entregaban a la milenaria tarea de plantar la milpa, las cosas no estaban como para ir a *trisquear*; además, los alborotos aumentaban y eso era indicio de malos tiempos para ellos, que siempre habían vivido al día, sin ninguna protección y con el encono de la rica élite del pueblo. Calpulalpan hasta estos días no había sido más que un conjunto de calpullis desparramados por los lomeríos de la zona; a nadie importaba ni había importado, y menos se sabía de su existencia. Sin embargo, dentro de pocos días hasta el mismísimo virrey se ocuparía de esta aldea de indios campesinos⁶.

Calpulalpan es el típico poblado colonial formado por la *República de los españoles* y la *República de los indios*, o sea la gente de razón y el *populacho*. Claro está que también hay una comunidad clerical que en muchos años ha preparado cristianamente a los feligreses y que colabora con el buen estado de las cosas del día. Los franciscanos del convento de San Antonio de Padua son los otros pobladores seculares de la región, sometida a la jurisdicción de Texcoco.

En 1810 Calpulalpan es un pequeño pueblo formado por una plaza, alrededor de la cual se ubican los edificios públicos, la iglesia y su cementerio y las casas particulares. En las afueras, como corresponde a esta jerárquica sociedad, se encuentran el Calvario, los jagüeyes y los calpullis propiamente; más distantes están las haciendas, los ranchos y una que otra factoría u obraje.

Aunque la región de Puebla-Tlaxcala es una de las más pobladas, Calpulalpan no tiene arriba de 50 pobladores de razón, y con exactitud es imposible saber cuántos indios habitan en los barrios; ni la misma burocracia del pueblo lo sabe. La élite la forman 10 familias de comerciantes y propietarios de haciendas, representados por 5 burócratas que administran en diferentes niveles el gobierno del pueblo; la riqueza poseída proviene de las tierras de las haciendas y de la venta de mercancías a los indígenas⁷.

Los precios, altos de por sí, en los dos últimos años han aumentado en forma exagerada. La población requiere muchas cosas, pero especialmente hilados y textiles que no se producen ahí; las telas y los hilos son comprados por fuerza en los almacenes de los odiados gachupines, que monopolizan el comercio de la región. Los productos almacenados, que se cuentan por cientos, son verdaderamente anhelados por los indígenas, que no tienen reales para comprarlos.

Los campesinos no han rebasado los límites de la agricultura primitiva, las parcelas son trabajadas con bastón y a mano, casi no hay bestias y mucho menos maquinaria. Sólo en las haciendas que ahogan a la comunidad la la-

⁶ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 24-25 y 87-100.

⁷ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 27 y 78.

bor de la milpa es diferente, ellas sí cuentan con recursos para producir *masivamente*. La situación precaria de las parcelas de los peones los obliga a vivir en la miseria y a comprar casi todo a los acaparadores de Calpulalpan⁸.

Sin embargo, pese a su difícil condición, los peones aún no se lanzan a la Revolución; su sumisión está a la espera de los nuevos acontecimientos. La gente vive cada día más angustiada, el peligro se cierne sobre los poblados y ahora quieren obligarlos a cuidar y vigilar los caminos, haciendas y demás propiedades de la región. Por lo pronto, para los campesinos el tiempo sigue su marcha y hay que preparar la tierra; la labor comienza a las cinco de la mañana y se detiene al medio día, cuando el sol es canicular.

Después de trescientos años de colonialismo, algunas gentes ya no son tan sumisas; hay levantiscos, vagos, malentretidos, ociosos, revoltosos, locos, ladrones y bandidos; muchos de éstos han salido de las baquerías, ahí se forjó su espíritu rebelde. Además las cosas son diferentes desde que un cura alucinado se ha lanzado a seducir a los pueblos con *engaños*, como ofrecerles las tierras y castigar a los gachupines⁹. La rebeldía los ha proscrito, desde hace años son perseguidos, segregados y señalados; por eso han formado bandas o se encuentran remontados en los cerros de la zona; sus pleitos con los patrones y mayordomos han provocado que muchas veces se les acuse y calumnie por todo lo malo que pasa en los pueblos o en las tierras de las haciendas. Así las cosas, pocas ventajas tienen frente a la sociedad, una de las pocas es saber montar a caballo y usar armas de fuego.

En estos momentos, los hombres de la insurgencia son el caporal, el mayordomo, el arriero, o el artesano, que conocen y tratan de otra forma a los propietarios de la élite regional. Algunos han estado en el ejército y saben algo de la guerra; en su mentalidad germinan otras ideas que poco tienen que ver con el miedo, la obediencia y la sumisión; carecen de ideología política pero tienen idea clara de quién los ha maltratado, explotado o azotado injustamente. Además, el ejemplo ha cundido y ya hay muchos capitanes y comandantes que necesitan gente para ir a coger gachupines y castigarlos¹⁰.

Desde noviembre, para la gente común, las cosas del día marchan de mal en peor; las noticias son alarmantes, no hay pueblo que no padezca a los ladrones que se hacen llamar insurgentes. En el camino a Querétaro los Villa-

⁸ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 1-80. A lo largo de todos los documentos aparecen Angel López y Francisco Agudo, como los comerciantes que acaparaban los productos o mercancías. También aparecen como comerciantes: Mariano Germán, Gabriel Martínez y José Francisco de Alva.

⁹ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 25, 112. Se decía que «... el regular se hallan entre Apa, Calpulalpa ó las baquerías de cuió seno dicen son los caudillos».

¹⁰ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 104-113; vol. 65, E. 3, fs. 329-361. Entre otros, Miguel Serrano, mozo de la hacienda de San Nicolás estaba entre los insurgentes; según la declaración de José M.^a Juárez, empleado de Ángel López.

grán tienen su cuartel general; desde Huichapan, sus hombres salen y ya son temidos por los propietarios y burócratas de otras regiones. Según esta gente, aquéllos son los culpables de todos los asaltos y depredaciones; sin embargo, algunos dudan de ello y saben que por los rumbos de Apan, Tepetlaxotoc y Calpulalpan hay grupos armados que, siguiendo el ejemplo de Hidalgo, han comenzado la Revolución. En realidad, en la región oriental de la Intendencia de México, desde Huichapan hasta las inmediaciones de la ciudad de Tlaxcala y de Texcoco hasta Zacatlán, hay desde hace unos meses una gran rebelión que se ha generalizado, aún sin importar que el caudillo Hidalgo huya hacia los Estados Unidos, después de la dolorosa y dramática derrota de Puente de Calderón¹¹.

CALPULALPAN, A FINES DE ABRIL DE 1811

Las cosas del día

En los últimos días la lluvia no ha variado, el día 26 los hacendados se cruzan informaciones y alguna llega a manos de Mariano Campos, Teniente de Justicia de Calpulalpan; en ella se hacen señalamientos acerca de las incursiones insurgentes y se advierte que es muy probable que en cualquier momento inicien el asalto a los pueblos, especialmente se habla de Apan¹².

En Calpulalpan la rutina se rompe, momentáneamente, cuando Campos cita a la gente del pueblo para formar una Junta de Defensa. Según esto, deberán prepararse con urgencia para todo; pero no es fácil porque carecen de hombres, armas y pólvora; además, la información no era precisa; las noticias parecían más rumores y chismes que buscaban alarmar a la gente común¹³.

Antes que en los pueblos el temor cundió en las haciendas. Después de casi 300 años, la vida de los pueblos estaba íntimamente ligada a los, cada vez más crecientes, latifundios; por lo mismo, todo lo que estaba ocurriendo en esos meses afectaba el devenir de las haciendas-pueblos. La alarma de los hacendados despertaba la inquietud de los indios que cada vez dependían más del trabajo que realizaban en los campos de labor de los terratenientes.

Más o menos cerca de Calpulalpan existe una importante red de haciendas, formada por el: Nanacamilpa San Bartolomé, San Cristóbal, Sacacalco,

¹¹ AGN, Criminal, vol. 57, E. 6 y 7; vol. 62, E. 4; vol. 78, E. 3; vol. 80, E. 11; vol. 64, E. 4. Éstos son algunos documentos que hablan sobre importantes revueltas, alzamientos o asaltos rebeldes en la Intendencia de México.

¹² AGN, Criminal, vol. 144, fs. 3-6, 27, 28-31.

¹³ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 30-33.

Quautlaco, Huehuechoca, Tetlapaya, Mazaquiaya, El Rosario y Tlaxco, sin contar las que circundan la región, cerca de Apan, Texcoco o la ciudad de Tlaxcala¹⁴.

Justo desde la hacienda de Xala, José Manuel de Agüero ha recibido un aviso, fechado el día 27, que se lo manda su primo, también administrador, en donde le comunica que *los salteadores, o sean los insurgentes*, se encontraban muy cerca de Apan. Sin perder tiempo, desde el casco de San Bartolomé, Agüero notificó las cosas al comerciante Ángel López, quien a su vez hizo lo mismo con don Mariano Germán y éste con el Teniente de Justicia, don Mariano Campos.

El día 28, un dependiente de Colector de Apan hace saber a Agüero que los insurgentes se hallaban en la hacienda de Huehuechoca. Y para mayor alarma, las noticias funestas corrían en toda la región y también se recibían en la ciudad de México, con mucha angustia y confusión, por lo contradictorio y desordenado de los datos.

El mismo día Campos reúne una Junta y trabaja hasta las nueve y media de la noche enviando comunicados y preparando la defensa. Después las horas transcurren normalmente y la quietud se adueña del sueño del pueblo¹⁵.

En la madrugada del día 29, en el pueblo no se nota ninguna situación especial; cada casa vive su mundo y prepara las ya inminentes actividades de la jornada. Desde muy temprano los encargados del gobierno de los indios salen a la recolecta del tributo. La plaza y las calles aún están desiertas mientras ellos, en un pequeño grupo, bajan a los barrios y se dispersan para poder cobrar los *medios reales*.

En los calpullis los indios empiezan la labor, algunos ya se encuentran en las parcelas, como José Ignacio Aguilar, *Alcalde pasado de Calpulalpan*, quien a cuatro cuadras del pueblo empieza a uncir su yunta; o como Domingo Aguilar *anterior Gobernador*, quien desde el paraje de Iztlahuantonco, mientras reconoce el terreno para roturarlo, observa cómo el pueblo se anima poco a poco. Mientras tanto, en el pueblo desde las seis de la mañana se celebra misa, en ella ayudó Ignacio Riverol, quien, después de terminado el rito regresa a su casa para tomar su chocolate y, a eso de las 7, abrir su comercio en espera de clientes.

Muy cerca, José Ángel López prepara su comercio, mientras los panaderos y mozos han culminado sus tareas; por otro lado su mozo, José María

¹⁴ Hasta donde hemos podido llevar nuestra investigación, sabemos que el cultivo fundamental de las haciendas aquí citadas eran los granos cerealeros, aunque suponemos que en algunas de la región de Apan su producto era el maguey pulquero. AGN, Criminal, vol. 144, fs. 34-40.

¹⁵ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 7, 78 y 79. Como Teniente de Justicia, Campos recibió noticias de los insurgentes e intentó la defensa del pueblo; entre otras cosas, organizó la Junta de Defensa, compuesta de hacendados, propietarios y burócratas.

Juárez, está listo con sus mulas para llevar la carga al molino. A pocos metros sucede algo semejante en la casa de don Francisco Agudo; cuerdas atrás, el carpintero trabaja en la casa del *Estanco* y Diego Francisco Espejel, herrero del pueblo, se dedica febrilmente a terminar un San Cristóbal, que para esos días ya urgía¹⁶.

Hasta esas horas el día parece transcurrir igual a otros; sin embargo, en pocos minutos las cosas cambiarán de una manera inimaginable. Los insurgentes, después de pernoctar en varios sitios cercanos, por fin se han acercado a Calpulalpan. La noche anterior habían tomado por sorpresa la hacienda de San Nicolás; su dueño Ignacio Servantes, según sus propias palabras, cayó en una *rendición ignominiosa* al no tener armas de fuego, pólvora y balas. Por lo mismo, 50 hombres bien armados y resueltos al combate durmieron con tranquilidad¹⁷.

A las seis de la mañana los rebeldes toman dos caballos y dos hombres. En buena medida, solamente un milagro podría salvar a Calpulalpan. De San Nicolás a Calpulalpan el camino es corto, y el odio y resentimiento acumulados se aparecen en la mente de los revolucionarios. Ahora ya nada importa, los *gachupines miserables* y explotadores están a su alcance; no se trata de destruir el pueblo ni de emborracharse o abusar de las hijas de los europeos, las cosas son claras. Antonio Senteno sabe desde hace unos meses que sus actos son medidas políticas en beneficio de los pobres y los despojados, el reparto de la riqueza y de la propiedad acumulada es el objetivo inmediato. Más adelante tal vez le den *arbitrio* para decidir en otro sentido. De todos modos, si el pueblo lo quiere, el gobierno actual será destituido y en su lugar otro hombre, con la anuencia del mismo pueblo, se hará cargo de la administración¹⁸.

Justo a las 7 de la mañana, a mitad de la segunda misa del día, cuando el pueblo ya está despierto y respira cierta incertidumbre, se oye un lejano galope y los gritos de varios hombres que llegan corriendo a avisar que *ahí se encuentran los insurgentes*. En efecto, por el camino de Coecillos cabalgan entre 50 y 60 hombres bien armados y con banderas rojas desplegadas, y al grito de *¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!* rompen la rutina y monotonía de la aldea.

La borrasca revolucionaria está a punto de arrastrar a la treintena de gachupines que habitan el corazón del pueblo. Los sucesos ocurren cada vez más vertiginosamente, encadenados hasta más allá del mediodía en que cesan, al salir de la villa los rebeldes con rumbo a Zoquiapan.

¹⁶ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 13.

¹⁷ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 31. Carta de Ignacio Cervantes a Mariano Campos, Tente de Justicia del Partido de Calpulalpan, del 29 de abril de 1811.

¹⁸ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 11 y 21. según declaración judicial de D. Ángel López, decía: «... que el asalto de los insurgentes o ladrones en Calpulalpan fue con dirección *sólo a los europeos y Rentas...*».

Ahora José Mariano Campos, Teniente de Justicia y el puñado de españoles ricos, saben que el merodeo ha terminado y es muy probable que dé inicio su calvario, por lo pronto el pánico se apodera de la gente y la hace caminar al ritmo que imponen los rebeldes.

El primero en recibir a los insurgentes es Campo; convaleciente, todavía no se levanta cuando su hermano, por la ventana, le anuncia que los insurgentes se acercan; no termina de ponerse los pantalones, cuando a coro una voz anónima le grita: ¡O sale o lo sacamos!, a la vez que oye, a través de su sala, voces que gritan: ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! La algaraza lo obliga a salir sólo para encontrarse con que un grupo numeroso de insurrectos guarnecía la puerta armado de escopetas, trabucos, machetes y espadas; al toparse con ellos las armas le son puestas en el pecho mientras que alguien le dice: *De orden de mi Comandante, que diga usted como ha de entrar con su gente, que parado está en la entrada; si de paz o a sangre y fuego.* Según lo asentará días más tarde en su declaración criminal, la intimidación le fue hecha varias veces hasta que, en riesgo de su vida, contestó que ya habían entrado y no tenía nada que decir. Acto seguido, lo urgen a entregar las llaves de la cárcel para así poder libertar a los reos; su resistencia lo lleva a intentar el engaño, diciendo que las tenía el Alcaide, en el fondo lo que busca es que pase el tiempo para ver si alguien llega a iniciar la resistencia armada contra los insurrectos¹⁹.

De la alarma, el pueblo, ha pasado a secundar la revuelta y a iniciar el saqueo. Por las calles corre la gente a la plaza; las mujeres (por su condición de ejercer el trabajo doméstico) van por delante; en poco tiempo un tumulto se ha formado sobre las gradas de la iglesia y frente a la casa de los comerciantes del pueblo²⁰.

En minutos los jinetes han tomado todo el poblado; resguardan los varios caminos, acordonan la plaza, guarnecen la casa del Teniente de Justicia e incitan al pueblo a saquear las casas comerciales. Para la mayoría el suceso es verdaderamente espectacular, ni los más viejos o *cosmopolitas* recuerdan algo semejante, jamás la insolencia de un grupo había atemorizado y paralizado a los gachupines; ante sus ojos el orden impuesto inician su resquebrajamiento y el poder colonial comienza a caer en un precipicio; el ejemplo está dado.

Para el común del pueblo, el cielo, el purgatorio y el infierno se encuentran ahí mismo; en horas, el destino de la mayoría, para bien o para mal, habrá de cambiar.

De la casa de Campos, una vez con las llaves de la cárcel en las manos, la vanguardia pasa a la prisión a soltar a los reos. Obligado por el Coman-

¹⁹ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 18. Declaración judicial de Mariano Campos, Encargado de Justicia de Calpulalpan.

²⁰ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 46.

dante, Campos también es llevado al mismo sitio y con mensajero y por la fuerza traen al herrero para liberar a un homicida engrillado²¹.

Para entonces el escándalo ha llegado a todos los calpullis excitando la curiosidad de sus pobladores, quienes sin demora hacen crecer los tumultos que ya había en varios puntos. Algunos dejaron de roturar la tierra, otros abandonaron sus talleres, algunos se olvidaron de desayunar y hasta la misa fue suspendida para ir a *instruirse de la realidad*, como dice uno de los participantes. El alboroto crece especialmente cuando las casas comerciales son copadas para destrozar las puertas y arrojar las mercancías a los mirones.

Al retornar de la cárcel a la plaza, Campos se encuentra con una escena dramática: los rebeldes persiguen a Francisco Agudo, intentando dispararle; con el pavor reflejado en el rostro, Agudo es incapaz de sacar la espada que lleva envainada. De todos modos, gracias a la intervención del Teniente, el comerciante no es ajusticiado ahí mismo, en el callejón que conduce a la prisión.

Obligado a entrar en la plaza, también se encuentra con don Juan Bonilla, quien le detiene para decirle que tenía *cara de muerto* y que no debería ir a donde iba porque lo matarían. Campos observa que los insurgentes custodian el lugar y su Comandante lo espera para que presencie y dé testimonio *del reparto de los efectos* de la casa del gachupín Agudo. Su estado enfermizo le posibilita pasar custodiado a su casa; ahí lo despojan del papel y el tintero para que no envíe ningún mensaje.

Simultáneamente a la captura de Campos, otros insurgentes habían ido a sacar de su casa al Gobernador Indio de Calpulalpan; tres hombres lo tomaron a punta de trabuco obligándolo a llevar el *bastón* y exigiéndole que a gritos llamara a unirse a los indios con la República. Como se negó lo condujeron al camino de Coecillos para que ahí de nuevo convocara a la gente, que nunca se reunió porque había salido a labrar las tierras comunes²².

De Coecillos se lo llevan a la casa de Agudo, donde la trifulca era fenomenal. Minutos antes un mozo trajo un hacha e intentó abrir el comercio; al no poder, un insurgente más fornido *descerraja* la puerta y varios se introducen a saquear los armazones del almacén, muchos mirones son obligados, a cintarazos, a sacar los productos y a lanzarlos a la calle²³.

El tumulto ha crecido y la *canalla contesta anuente* a los gritos de *¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!*. Las mujeres se *apeñuscan* en la puerta y obligan a que un rebelde con la espada en la mano abra campo. Un hombre, seguramente de *rango*, que viste una manga azul galonada y tiene un parche en las narices, incita a la gente al saqueo mientras otros gritan:

²¹ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 20-21.

²² AGN, Criminal, vol. 144, fs. 42-45.

²³ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 15, 43.

«Tomen, hijos, que esto es de ustedes, no huían ni se asusten que nosotros no venimos a haceros daño, sino a coger a los gachupines.»

Esto ha sido suficiente para incendiar los ánimos del *populacho* que, precipitadamente, se lanza a recoger todo lo tirado en el suelo. Niños, muchachos, mujeres, ancianos y hombres toman a la carrera lo que pueden y lo envuelven haciendo *quimiles*. Ahora nadie los humilla ni tienen que pagar ni un real; además, hay todo lo que siempre habían soñado, pero especialmente textiles, lo mismo mantas de algodón que hilos o telas de lana, muchas de ellas traídas de España u Oriente²⁴.

El reparto de la riqueza también incluye los granos. En la casa de Agudo había varios cascotes de barril con maíz cebada y algún frijol, que durante el asalto *regulaba el Comandante para anotarlo por cómputo*²⁵.

De la casa de Agudo el saqueo pasa a la de don Ángel López, tal vez, el más iracundo miembro de las familias ricas de Calpulalpan; desde la azotea de su casa había visto la llegada de los insurgentes-ladrones, con una escopeta en la mano presencié la toma de la plaza y, asustado ante la escena, había bajado para ocultarse en el chiquero. Creyó que entre los puercos habría un mejor lugar para él.

En realidad lo que había visto era algo que podría llamarse *de gran novedad*. Tremolando banderas rojas y con grandes voces a favor de la Virgen de Guadalupe y mueras a los gachupines, los revolucionarios agitaron todo el pueblo y los barrios; sus incitaciones verbales eran cada vez más radicales y causaban gran **furor** entre el pueblo, que vivía una jornada frenética de despojo y apropiación. Por la vía de los hechos, las mercancías acaparadas por los comerciantes-hacendados ahora estaban en las manos de la gente común.

El clímax del día ocurre cuando los rebeldes también *descerrajan* la puerta de comercio de don Ángel, e igual que en la casa anterior, en poco tiempo bajan las mercancías de los armazones, haciéndolas volar hacia la enardecida plaza. Por un verdadero milagro y la fidelidad de su mozo, tam-

²⁴ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 9.

²⁵ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 9, 14, 43. Según José Herrera, cuando le comunicó a José Ángel López el saqueo de su comercio le dijo: «...que los que habían saqueado fueron todos los indios principales del pueblo, y vecinos de razón, siendo entre todos como el infierno. D. Juan Bonilla, D. Vicente Cristóbal, D. Juan Pérez, los Aguilares, el actual Gobernador, su República con las hachas entre manos: D. Ignacio Riveroll que tiraba las presas y efectos del armazón las hijas de Juan Antonio Espinosa a quien oyo el declarante que estaban en el saqueo; y también se le informó que el insurgente que traía la bandera acercaba los efectos para la casa de D. Manuel Velázquez y ultimamente se le aseguro que casi todo el pueblo había cooperado en el saqueo».

bién gachupín, el rico comerciante se había salvado, pero según palabras del mismo Comandante, don Ángel *ya caería*²⁶.

El pánico hace estragos entre la élite local. No sólo don Ángel está escondido, sino también Juan Antonio Espinosa, Gabriel Martínez, Diego Benítez, las hijas de todos ellos y Fernando Manuel Gómez, quien oculto desde la casa de los Lazcano había observado toda la acción hasta que a voces lo *llamaron con urgencia*; entonces no tuvo más remedio que salir disfrazado «con naguas y un paño» para ocultarse en un jacal de la barranca de San Miguel²⁷.

Benítez, con un mensajero indio mandó las llaves a su mujer para que escondiera el dinero; minutos antes, el padre Azcárate había escondido la plata del convento y, con seguridad, lo mismo habían hecho las demás familias de riquillos del pueblo.

J. N. Ignacio Riverol, también comerciante, había actuado con mayor presteza; no solamente alcanzó a cerrar las puertas sino que además desde la azotea reflexionó y decidió salir a galope del pueblo. De todos modos fracasó, pues el camino a Sotoluca estaba cerrado y resguardado por cuatro hombres, que con bastante *autoridad* le obligaron a retroceder a su casa, en donde permaneció hasta alrededor de la una de la tarde, cuando los insurgentes, según él, ya se habrían retirado.

En las horas de reclusión forzada, Riverol recuerda que la noche anterior el Teniente Campos había celebrado una junta para organizar la defensa. Ahora sabe bien que el intento había fracasado gracias a la temeridad, audacia y buena organización de los revolucionarios, quienes no solamente se han posesionado de la plaza y saqueado las casas de varios comerciantes, sino que convocan al pueblo a tomar decisiones políticas apoyando a la revolución. El hecho de tener tomados los caminos que comunicaban al pueblo les da la seguridad para actuar como lo hacen²⁸.

El tumulto ha crecido como un gran incendio; las voces, gritos, carreras y alboroto envuelven el, hasta hace poco, tranquilo ambiente de Calpulalpan. La furia de los salteadores se ha multiplicado junto con el deseo desbordante de los indios que toman todo lo lanzado a la plaza.

En plena tormenta, las autoridades sienten tambalearse el poder que han detentado. En el clímax del disturbio los rebeldes hablan llanamente de expulsarlas y de nombrar nuevas autoridades. Lo peligroso no es la respuesta

²⁶ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 12, 15, 46. El saqueo de las tiendas comenzó por la destrucción de las puertas y continuó con el descenso de las mercancías colocadas en los almacenes, las cuales también fueron arrojadas a la plaza, en el momento de mayor euforia popular. Varios testigos afirmaron ver que las «cosas volaban para la canalla».

²⁷ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 16.

²⁸ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 28, 44.

del pueblo indio sino las pretensiones de este nuevo e incipiente grupo social, que ha tomado las riendas de la insurrección para hacerla, con sus actos, plena revolución.

La destrucción de los ricos y los burócratas de la localidad, proyectada a nivel nacional (geográficamente hablando), representaba el inicio de la liquidación del Estado oligárquico y su posible sustitución por otro de carácter diferente²⁹.

La toma de Calpulalpan en realidad formaba parte de un ascenso revolucionario emprendido en la región por Senteno, y articulado a otras fuerzas de la amplia región oriente de la Intendencia de México. Entre enero y julio de 1811, la gran rebelión iniciada por Hidalgo se había tornado en una profunda revolución popular-burguesa³⁰.

En el escenario central del asalto a la plaza, el drama continúa su desenlace. Ahora *hincado y con las manos enclavijadas*, el padre franciscano Francisco Azcárate ruega a los insurgentes por la vida de los gachupines. También en forma espontánea el Gobernador indio con el *bastón* en la mano hace lo mismo; las súplicas y ruegos se repiten muchas veces hasta que se les contesta que el Comandante carece de arbitrio para perdonar a Agudo y a los otros tres; que, además, mucho hacen con perdonar al Aduanero y al Andalúz, porque sabían que eran *benéficos al público y también podrían llamarse hermanos*. El remate del mismo hecho ocurre cuando otro insurgente hace callar al franciscano diciéndole: *Padre, no se canse Ud. pues me costará la última gota de sangre pero me los llevo*. Y así ocurre. Agudo, el cajero de Ángel López llamado Carlos Rebolledo y Juan González, son amarrados a los hierros de la esquina de la casa del barbero Betancur³¹.

Hacia las 12 del día, Senteno pasa a la casa del Teniente de Justicia donde toma un vaso de agua y terminantemente le dice que había mandado cesar el saqueo y perdonado la casa de Agudo porque éste tenía una hijita y que ahora ya sólo espera a los patriotas de Texcoco pues sabía que ya vienen para Calpulalpan. Acto seguido le entrega un manifiesto que dice, según recordará Campos:

²⁹ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 59. «...y entonces enmedio de aquel concurso dixo uno de los ynsurgentes, en alta voz que si el *pueblo estaba contento con el teniente* lo dexarian, y sino se lo llevaban...».

³⁰ A. Senteno continuó su movimiento revolucionario hacia otros lugares, en mayo asaltó: Tulancingo, Apam y Acaxochitlan y un buen número de haciendas. Paralelamente trabajó políticamente con líderes como Aldama, Osorno y los Villagrán. Los intereses de clase de estos hombres, durante el ascenso revolucionario, se unieron al de los campesinos indios. AGN, Criminal, vol. 61, E. 6, 7; vol.62, E. 15 y vol. 80, E. 18.

³¹ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 16, 22, 44.

«Calpulalpan veintinueve de abril.

Este día entré con mi gente en este pueblo de improviso; eché diez reos de la cárcel, saqué las casas de D. Francisco Agudo, y D. Ángel López y repartí lo que había en ellas con mi gente al público o a los pobres, y doy este documento o instrumento en la citada fecha.

Antonio Senteno

Capitán Comandante de los Regimientos de América.»

A esas horas la escena ya no es tan dramática y la confusión empieza a despejarse; por otro lado, *la canalla*, con lo expropiado inicia el lento regreso a sus jacales³².

Textualmente el manifiesto era algo diferente, mas el inconsciente traicionó a Campos y le hizo ver el acto más radical de lo que era, al decir que se repartió la mercancía a los pobres. Las cosas, en efecto, así habían ocurrido, pero Senteno nunca anotó en su manifiesto que el reparto fuera para los pobres³³.

Para los revolucionarios la jornada ha sido todo un éxito. No solamente han expropiado parte de la riqueza líquida sino que además han trastocado las relaciones de poder que mantenían los ricos y la burocracia virreinal en Calpulalpan y parte de esa zona de haciendas agrícolas; también han repartido una porción importante de la riqueza comercial, además de haber sometido a la élite, ajusticiándola en el acto mismo del asalto³⁴.

El mando del pueblo y lo restante de las propiedades de los comerciantes quedan bajo custodia de algunos nativos. Por encima de todo, lo más importante ha sido el ejemplo impuesto con el asalto. En los meses siguientes la semilla de la revolución seguiría brotando por toda la Nueva España, los pueblos indios se incorporarían a la lucha y la revolución viviría días de gloria dos años más tarde, aunque también es cierto que después se precipitaría en un abismo muy hondo.

Hacia las 2 de la tarde, como Manuel Velázquez, todo el pueblo azorado ve la retirada de los rebeldes. Cincuenta o sesenta hombres bien disciplinados caminan por Coecillos desplegando sus banderas rojas y arrastrando a varios gachupines; más adelante, tomarán para la Ventilla y el Camino Real de Zoquiapan.

³² AGN, Criminal, vol. 144, fs. 22, 55, 79. Declaración de Mariano Campos al Subdelegado de Justicia de Texcoco. En la declaración de Vicente Cristóbal, indio principal, varias veces expone que los insurgentes repartieron las cosas «a los pobres».

³³ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 20-21.

³⁴ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 87, 96 y 99. En el camino de Coecillos ajusticiaron a Francisco Agudo a garrotazos y un tiro de gracia, a los otros dos más tarde los llevaron a las *Bóvedas de Huachinango* para más tarde fusilarlos.

Según los testimonios vertidos durante la investigación, las cosas fueron muy graves. En efecto, el asalto trastornó todo el orden y parcialmente se apropió del gobierno de Calpulalpan; en el fondo, poco escapó de su control.

Para algunos, como los padres franciscanos que escribieron al padre Prior de la Orden, el 29 de abril había sido como el día del Juicio. Las cosas más terribles e inimaginables habían ocurrido, pero lo más condenable y que además ameritaba un severo castigo, había sido la execrable conducta del *infame pueblo*, que durante todo el asalto no dejó de gritar: *¡Mueran los gachupines!* y de actuar frenéticamente, sin ningún respeto al orden, las costumbres y las jerarquías establecidas.

Por su lado los hacendados y propietarios pensaban que ya era tiempo de dar lecciones duras a la insolente *canalla*. Los azotes deberían ser solamente el principio de un castigo que volviera a meter al orden a los pueblos rebeldes³⁵.

En pocas horas, lo ocurrido en Calpulalpan fue noticia regional, el rumor la llevó por todos los rumbos y en la capital el Virrey pidió una investigación urgente y el castigo para los culpables. En otras palabras, la rebeldía de los pueblos estaba contribuyendo, sin saberlo, a construir una gran revolución que reivindicaba las más auténticas aspiraciones de un pueblo, que hacía ya muchos años se encontraba en proceso de cambio y que ahora, ante el llamado de Hidalgo, empujaba en muchas direcciones, siendo una de ellas la llamada lucha de los insurgentes.

En poco tiempo nuevos vientos trajeron nuevas cosas, Calpulalpan y el resto de la zona dejaron de ser centros de rebeldía tímidos, para devenir núcleos revolucionarios muy importantes durante los siguientes cuatro años. Lo que sí fue un hecho incontestable en el corto tiempo, fue la expulsión de los propietarios de comercios y haciendas de la región. El orden se había roto. Para restablecerlo habrían de pasar muchas décadas.

ARCHIVO CONSULTADO

Archivo General de la Nación (México, D. F.)

RAMO CRIMINAL:

Vols. 57, 62, 65, 78, 80, 144, 180.

³⁵ AGN, Criminal, vol. 144, fs. 107-109, 112, 113. A pesar de toda la represión ejercida y la persecución de los rebeldes, a mediados de mayo Senteno volvió a asaltar Calpulalpan, intentando de nuevo el reparto de las mercancías. AGN, Criminal, vol. 61, E. 6 y 7; vol. 62, E. 15; vol. 180, E. 18.

BIBLIOGRAFÍA

CASTILLO LEDÓN, Luis

1948-49 *Hidalgo, la vida del héroe*, 2 vols. Talleres Gráficos de la Nación, México.

HAMNETT, Brian R.

1990 *Raíces de la insurgencia en México. Historia regional 1750-1824*. F.C.E. México.

KATZ, Friederich (Comp.)

1990 *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX*. 2 Vols. Editorial Era. México.

TAYLOR, William

1987 *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*. F.C.E. México.

FUENTES DOCUMENTALES

Calpulalpan, Abril 29, 1811

En este día entramos improvisadamente a éste Pueblo, en el que puse con mi gente, en Libertad diez reos que hallé en la Cárcel Pública haciendo que el teniente me entregara las llaves de dicha cárcel para berificarlo, y hecho; pase a las tiendas de Don Ángel Lopez y Francisco Agudo de las que hize por mi gente repartir al Publico quanto halle en ellas todo lo cual es verdad como que tambien hize que el mismo amanuense del teniente escriviera este instrumento que le firmo en la fecha sitada.

Capitán Comandante de Regimientos de América

Antonio Senteno

AGN, Criminal, vol., 144, fs. 20.

LISTADO DE COMERCIANTES, HACENDADOS Y BURÓCRATAS CON RESIDENCIA EN CALPULALPAN

1. Ángel Lopez Varón. «español de los Reynos de Castilla en el lugar de Villanueva en el valle de Castañeda, obispado de Santander, y vecino y del Comercio de Calpulalpan». Tendero y hacendado.
2. Francisco Antonio Agudo. «Gachupín», tendero.
3. Fernando Manuel Gómez. «Español, de las montañas de León, en la provincia de Lievana, y vecino de Calpulalpan, hace cuatro años». Ocupación, tratante.
4. Juan Bonilla. Español, casado, 40 años, labrador y comerciante de loza.
5. Gabriel Martínez. Comerciante.
6. Diego Martínez. Comerciante

7. J. N. Ignacio Riverol. «Gachupín», 60 años. Comerciante tendero.
8. Mariano Germán. Encargado de Correos. Casado con Felipa Espinosa. Burocrata y comerciante.
9. Diego Benítez Alfaraz. «Español de los reinos de Castilla en la ciudad de Ronda, casado con Mariana Cortéz, de 89 años, vecino de Calpulalpan». Receptor de Rentas.
10. Mariano Campos. Subdelegado de Justicia.
11. Antonio Lechuga. Exteniente de Justicia.
12. Cesario Caballero. «Gachupín», Alcaide o carcelero.
13. Andrés María Rodríguez de Cornejo. Español, 35 años, casado con María Nicolasa Alcántara Ruvín de Celis. Hacendado.
14. Manuel Velazquez. Labrador, «arrendatario de hacienda», 40 años, casado con María de la Merced Escovar.

HACIENDAS Y HACENDADOS DE LA REGIÓN

CALPULALPAN

<i>Hacienda</i>	<i>Propietario</i>	<i>Administrador</i>
San Nicolás	Ignacio Servantes	
S. Bartolomé del Monte	José Ángel López V.	Manuel José de Agüero
Tlasala		Nicolas José Muñoz
Zoquiapa		Manuel Muñoz
Calera		Ldo. José I. Echegaray
Nanacamilpa	Marqués de Guardiola	José Mariano Benítez
Mazapa		José Navarro
San Cristobal	José M. ^a Rodríguez de Cornejo	
Xala	José Ruiz de la Barrera	

APAN

<i>Hacienda</i>	<i>Propietario</i>	<i>Administrador</i>
Sacacalco (*)	José M. ^a Rodríguez de Cornejo	
Huechuechoca		
Quautlaco		
Tetlepaya		

TLAXCALA

<i>Hacienda</i>	<i>Propietario</i>	<i>Administrador</i>
Quatepeque		
Mazaquiaya		Felipe Santiago Saénz
El Rosario	Felipe Santiago Saénz	José Mariano Roldán

(*) Una parte de la hacienda estaba bajo la jurisdicción de Calpulalpan.